

# PERIFERIA

ALDOUS HUXLEY. *Los demonios de Loudun*, Edit. Sudamericana.

El interés alrededor del cual Aldous Huxley ha construido algunas de sus últimas obras es religioso. *Eminencia Gris* y *La filosofía perenne* son quizás aquellas en que expone más acabadamente sus ideas en torno al conocimiento de lo absoluto, la vida contemplativa, el misticismo. Paralelamente se ha manifestado su constante preocupación por los problemas actuales, en éstas y otras de sus obras, en las que era expuesto su posición pacifista, su crítica a las concepciones modernas del estado, a la standarización y masificación de los individuos, a los peligros de la educación estatal y de la propaganda, etc. De este modo ha dejado ya definitivamente de ser el brillante escritor que satiriza a la sociedad inglesa de *Yellow Crome* y ha volcado su inteligencia en la búsqueda de otros caminos, por lo demás insinuados o en germen en muchas de sus primeras novelas.

*Los demonios de Loudun*, la última de sus obras publicada en Buenos Aires, responde a las características anteriores. Un libro de Huxley es necesariamente algo muy inteligente, racionalizado al extremo y aún despiadado. Este último lo es en grado sumo y a la vez parece estar destinado, como algunos otros, a causar el desconcierto o la conmoción en quienes lo leen. Porque la inteligencia de Huxley, su rigor conceptual, su ironía y su frialdad no son elementos negativos, y si el libro puede desconcertar, nunca dejará indiferente. Se hace evidente que lo intelectual, aquí, no es un fin en sí mismo, sino el arma con que se pretende constantemente, obsesionadamente, asir las cosas y ubicarlas en un plano trascendente, captar en ellas lo eterno o lo absoluto.

*Los demonios de Loudun* es un estudio de la experiencia religiosa y mística realizado a propósito de la historia de un fraudulento y espeluznante caso de posesión colectiva en la Francia del siglo 17. Si bien también aquí el interés central es lo religioso, el tema sirve notablemente para las derivaciones políticas y sociales más actuales y para una crítica sistemática de los métodos modernos de las grandes potencias.

En el siglo XVII, primera mitad, Loudun es el escenario de asombrosos sucesos. Las ursulinas del convento de Loudun fueron atacadas por una extraña enfermedad que suscitó enconadas controversias. El escepticismo de la época la consideró simplemente de origen psicósomático, cuando no una impostura, mientras que una parte de la iglesia y el poder temporal la atribuyeron a la acción de los demonios.

Los episodios de este suceso, grotesca farsa que llega a veces a adquirir matices trágicos, son presentados documentadamente, con abundancia de referencias y con una vivacidad narrativa digna de sus mejores novelas.

Urbain Grandier, párroco de Loudun, es personaje principal en los acontecimientos iniciales. Su formación jesuítica y de la actitud de las autoridades frente a ellas. Vanidoso y libertino, el párroco se granjeará las enemistades que colaborarán eficazmente con la superstición para llevarlo, después de horrendas torturas, a la hoguera, pues en el proceso de Loudun

se arriba a la conclusión de que los demonios que poseen a las monjas son, indudablemente, siervos de Grandier. Las ursulinas, muchachas sin vocación conventual, históricas altamente sugestionables, sufren los exorcismos de sacerdotes de buena o mala fe que estimulan hasta un grado inimaginable sus más absurdas obsesiones.

Que la Iglesia y el Rey hayan fomentado o tolerado este lamentable espectáculo público y el asesinato de un individuo inocente, sólo puede comprenderse, si se los ubica dentro de la política del Cardenal, ya estudiada por Huxley en *Eminencia Gris*. El proceso de Loudun sería un experimento de Richelieu, que se anticipó en varios siglos a los políticos actuales, para descubrir hasta qué punto Francia soportaría el establecimiento de una nueva inquisición con una finalidad netamente política.

El Padre Surin, uno de los exorcistas, merece una consideración especial dentro del conjunto desquiciado de personajes. Su demencia, de una trágica lucidez, es material que usa el autor para exponer en forma más sistemática sus ideas sobre la trascendencia y la comunión mística.

Según Huxley en el hombre conviven, contradictorias, la tendencia a la autoafirmación y a la autotranscendencia. Si se define ésta como el hecho de devenir conciente de la participación en el fundamento de todo ser y conocer, se encuentra que todas las religiones superiores la tienen como aspiración. La causa de esta tendencia reside en la insatisfacción con el propio yo, conciente o inconciente, y en el anhelo de proyectarlo en una personalidad distinta a la propia. La religión lo expresa como la fe en aquella experiencia que hará efectivamente real esa participación en lo primordial. Pero cuando la aspiración a la unión con el Creador excluye la comunión con lo creado, es decir, abomina del mundo, el hombre no puede remontarse a la realidad absoluta, que sólo se manifiesta como la inclusión de lo eterno en el tiempo, de lo infinito en lo múltiple. Surin llevó esta posición contemplativa al extremo y por obedecer a sus convicciones teológicas abominó de sus más vivas experiencias de la divinidad de la naturaleza y el cosmos. (En *La filosofía peregrina*, Huxley encuentra en una cita de Huang Po la justa actitud: "Cuando los seguidores del Zen no consiguen ir más allá del mundo de sus sentidos y pensamientos, todos sus actos y pensamientos carecen de importancia. Pero cuando los sentidos y pensamientos son aniquilados, quedan atascados todos los pasos al Espíritu Universal y no hay entrada posible... No construyas tus opiniones sobre tus sentidos y pensamientos, no fundes tu comprensión en tus sentidos y pensamientos; pero al mismo tiempo no busques a la Mente lejos de tus sentidos y pensamientos, no intentes asir la Realidad rechazando tus sentidos y pensamientos").

Huxley estudia las teorías contemplativas, el quietismo, los métodos de mortificación para lograr la gracia y concluye que sólo "a través de la percepción de la tierra, tal como ella es", el reino de Dios se manifiesta.

Surin también ejemplificaría el poder terrible que cobran a veces las palabras cuando se convierten en dogmas, pues apartan al espíritu de sus vivencias reales y lo someten a su servidumbre. (Mark Rampion dice en *Contrapunto*: "¡Que consuelo poder evadirse de las palabras! Palabras, palabras, palabras: lo aíslan a uno del Universo. Las tres cuartas partes del tiempo no se halla uno en contacto con las cosas y sí con las cochinas palabras que las representan"). Si bien la religión puede fortalecer la elevación espiritual del hombre, empero cuando subordina el espíritu al rito o al dogma y fomenta el orgullo institucional o los prejuicios, lo aleja de su posibilidad verdadera de comunicación con la divinidad.

Pero el camino hacia una autotranscendencia ascendente es penoso y los hombres suelen buscarlo más fácilmente en sentido inverso. Un olvido del

propio yo puede obtenerse por la caída en las zonas de lo subhumano, con el auxilio de poderosos instrumentos. Tres son los más frecuentes: la pura sexualidad, las drogas de cualquier índole, la intoxicación colectiva. Sancionadas por la sociedad o la autoridad, aunque esto no baste para suprimirlas, los individuos no obtienen de las dos primeras ninguna justificación moral. La tercera en cambio ha sido explotada sistemáticamente por sectores de la sociedad para poner la masa a su servicio. Predicadores religiosos en otros siglos, demagogos que han perfeccionado esa técnica hoy, obtienen de los individuos que consienten en ser parte de lo colectivo amorfo la anulación de su personalidad y por ende de su capacidad de actuar libremente. Ser parte de una masa es perder la conciencia de culpa y la insatisfacción con uno mismo. Lo colectivo justifica a quién se identifica con ello. El espíritu de partido, fenómeno no nuevo pero que ha cobrado caracteres propios en nuestra época, se observa tanto en las querellas entre las distintas órdenes eclesiásticas o contra los heréticos antes, como en nuestros actuales orgullos nacionalistas, raciales o partidistas. El espíritu de partido anula la responsabilidad interior del individuo y por lo tanto la manifestación de su libertad personal, favorece la autoestimación y permite la expresión desenfrenada de las pasiones y egoísmos particulares, pues, por estar dirigidos contra el otro, el réprobo, llevan la absolución de pertenecer a la santa causa.

En cuanto a la proyección del yo en sentido horizontal, Huxley lo considera sustituto poco satisfactorio. Ya en 1928 en *Contrapunto*, libro donde a través de las discusiones que sostienen sus personajes y de la órbita que cada uno de ellos traza en su vida, Huxley plantea sus propias dudas y contradicciones, Spandrell, el obsesionado negador de Dios, dice: "el trabajo tiene el mismo fin que el alcohol: distrae simplemente el espíritu, hace que el hombre se olvide de sí mismo. El trabajo es una droga y nada más. Es humillante que los hombres no puedan vivir sin drogas, sobriamente; es humillante que no tengan el coraje de ver el mundo y de verse a sí mismos tal como realmente son". Ninguna actividad exclusivamente humana, arte, política, amor, filosofía, puede suplir las necesidades superiores del espíritu. El hombre debe resolver tanto su relación con el universo del cual forma parte como su relación con una Mente infinita y la exclusión de una de ellas engendra necesariamente su aniquilación.

En última instancia, Huxley afirma que el problema humano no encuentra solución en ninguna construcción política o social. De esto se desprende, como lo sostuvo ya en *Eminencia Gris*, la condena de toda política realista y la confianza en que la salvación de la humanidad sólo puede darse por la adhesión incondicional a aquellas normas fundamentales de cada ser, que no son los dogmas de partido o los ritos de las iglesias, sino la fe en la real experiencia por la cual todo hombre se siente partícipe solidario de lo absoluto.

Tal conclusión no parece, sin embargo, satisfacer totalmente algunos de los interrogantes que de sus obras se desprenden. ¿Cómo conciliar la experiencia religiosa con la necesidad de acción en el mundo actual? ¿lo logra el mismo Huxley, que tan racionalmente expone su urgencia? y por otra parte, ¿podrá el pensamiento de occidente orientarse por este camino a la espera de superar la crisis que ha dado forma a los distintos totalitarismos modernos y a la desorientación ética actual? La única respuesta de Huxley es la negación de toda solución de tipo práctico que no atienda a la trascendencia y a la inmersión en un alma cósmica fundamento de todo yo individual.